Destino: Roma

Carmen Alcántara

Destino: Roma

Carmen Alcántara

Avant
editorial

Primera edición, mayo de2026
© Carmen Alcántara Zarzoso, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-88206-34-4
THEMA: FBA-FRD-1DTS-3MR
DEPÓSITO LEGAL:M-13448-2026

Quiero dar las gracias a las personas
que me han inspirado para llevar a cabo esta obra.

También quiero agradecer a mis amigos de Cuba
por su ayuda para recrear el vocabulario cubano.

Como no quiero dejar a nadie sin nombrar,
prefiero no poner nombres, pero, en ambos casos,
cada uno de ellos sabe a quién me refiero.

Agosto 2023

Sonó un breve pitido en el móvil, el taxi la esperaba. Se dirigió nerviosa a las escaleras. Viajaría sola, quizás ese fuera el motivo, pensó. Para relajarse recordó cómo, en otras ocasiones, ir sola le había traído grandes regalos. Igual que en los últimos días, a su mente llegó el recuerdo de una expareja; lo desechó centrándose en su equipaje.

Durante el recorrido quiso dejar que el sol acariciara su rostro, no pensar en nada, que el destino jugara sus cartas y aceptar lo que tuviera preparado para ella. Estaba segura de que este viaje le depararía algo. Cada vez que sentía esa sensación en el estómago, ese nerviosismo sin sentido, la vida le traía alguna sorpresa, en muchas ocasiones positivas; en otras, por desgracia, no lo eran tanto.

La espera en la terminal de Barajas se le hizo larga y pesada, sin embargo, una vez en el avión, el tiempo pasó rápido. Casi sin darse cuenta habían llegado al aeropuerto de Fiumicino, Roma. Se reunió con el resto de viajeros del circuito —la visita a la ciudad era a través de un viaje organizado que duraría cinco días— y todos juntos se trasladaron al hotel.

Llegaron ya anochecido, repartieron las habitaciones y fueron a cenar. Tuvo suerte al elegir mesa. Tras una leve duda, se sentó en una donde coincidió con un matrimonio agradable y una mujer con su hija, Eva y Nuria, alegres y extrovertidas. Durante la cena decidieron sentarse todos juntos cuando tuvieran oportunidad. Belén lo agradeció, le habían caído bien los cuatro.

Después de la cena se marchó al hotel, deseaba pasear por la ciudad, sentarse en una terraza y disfrutarla, pero sola no le apetecía, era la parte negativa de viajar sin compañía; la ventaja, que no tenía que ceder ante nadie ni negociar, podía hacer en cada momento lo que le gustaba, excepto como en esta ocasión, sentarse en una terraza a tomar algo, no porque estuviera prohibido o mal visto, sino porque la sensación de soledad sería enorme.

A pesar de que el colchón no era muy bueno, durmió bien. La habitación, en cambio, no estaba mal. Situada en la última planta, desde su ventana se divisaba la luna —que en esos días estaba creciendo hasta luna llena—, y el fresco que entraba a través de ella era suficiente, no necesitaba dormir con el aire acondicionado. Notó una sensación de familiaridad, como si ese cielo hubiera estado en su vida en otras ocasiones. Pensó que, al final, la luna es la misma y el firmamento también, tan solo cambia el lugar desde el que lo divisas.

Aunque se despertó tranquila e ilusionada, con la sensación de haber tenido un sueño placentero, se sentía melancólica, no entendía qué era esa emoción que la invadía, quizás se debía a no haber podido compartir con nadie la noche anterior, no haber disfrutado de la ciudad como le hubiera gustado. A su mente acudió un pensamiento: «Podías haberlo disfrutado hace tiempo acompañada». Como hizo el día anterior, desechó todos esos pensamientos y bajó a desayunar.

El autocar los recogió temprano, tenían muchos lugares que visitar: por la mañana la Plaza de España, Plaza Navona, el Panteón y la Fontana di Trevi. Comieron en un restaurante de la zona y después se trasladaron al Coliseo.

Durante el recorrido encontraron muchos turistas, demasiados para su gusto y, como el tiempo del que disponían era escaso, no pudo disfrutar de esos lugares con tranquilidad. Le hubiera

gustado subir las escaleras de Plaza España, no hubo tiempo; tomarse un helado sentada frente a la Fontana di Trevi, tuvo que elegir y prefirió tirar la tradicional moneda —para lograrlo tuvo que guardar cola, debido a la cantidad de gente que se agolpaba allí—; al Panteón no pudo acceder, de nuevo por falta de tiempo. Todo lo que veía era tan impresionante que se conformó.

Por la tarde, la visita al impresionante Coliseo estuvo presidida por el calor, no encontraron una pequeña sombra en la que resguardarse del sol abrasador. Esa excursión no incluía la visita interior, así que, tras la explicación de la guía, pelear contra la multitud de turistas, y no parar de sudar, decidieron regresar al hotel.

De nuevo, esa noche miró la luna a través de la ventana, mientras se decía: «Tengo que visitar la ciudad con más tranquilidad, disfrutando cada lugar, sin prisas». Enseguida se quedó dormida.

Este sería su tercer día en Roma, la ciudad la tenía fascinada, le daba la impresión de parecerse, en cierta manera, a Madrid. Le gustaban sus calles, la iluminación, el clima ni muy húmedo ni seco, ideal para su cabello ondulado, la forma de ser de la gente italiana, tan mediterránea.

Esa mañana, a primera hora para no encontrar muchos turistas, visitarían la iglesia de San Pietro in Vincoli, con su Moisés de Miguel Ángel; después los llevarían a unas de las muchas catacumbas de la ciudad. Tras la comida tendrían la tarde libre, por la noche se apuntó a una excursión.

Comieron en una *trattoria* cercana al hotel. El local, dividido en pequeñas salas, con el aire acondicionado a toda potencia, provocaba que la temperatura fuera bastante baja y el chorro de frío le diera en la garganta, por lo que decidió levantarse de la mesa antes de que llevasen el postre y acercarse a probar los

helados italianos, que tenían muy buena fama, comprobaría si bien merecida.

Se notaba que era pleno verano y a esa hora el sol apretaba con fuerza, haciendo que, igual que pasaba en España, las calles no turísticas estuvieran casi desiertas. Mientras callejeaba buscando el local que le habían recomendado, pensaba que no era un mal lugar para vivir.

Esos pensamientos volvieron a llevar a su memoria a Gianni, su expareja, no sabía el motivo de que, poco antes de viajar, se hubiera metido en sus recuerdos. Desde que se separaron evitó pensar en él, no dejó aflorar sus sentimientos, aunque sabía que se hallaba escondido en algún lugar de su memoria porque tenía la noción, cuando alguien decía Giovanni, que en su interior pensaba que se escribía con dos enes, él se lo había dicho al decirle su nombre. Su mente también le susurraba que existía un día de diferencia entre el cumpleaños de Gianni y el de su buen amigo Luis; y cada vez que oía hablar del Papa veía sin querer los jardines de la Nunciatura.

Volvió a desechar esos recuerdos y se centró en esa noche, estaba ilusionada, vería Roma iluminada.

Regresó al hotel agotada y se acostó un rato. El día, como los anteriores, estaba siendo caluroso y había andado bastante bajo ese sol abrasador; quería descansar para disfrutar la excursión nocturna, sería la primera noche que saldría.

El autocar los dejó al lado de la Plaza Venecia, que, con el intenso tráfico, les costó atravesar. Mientras se agrupaban, uno de los integrantes del grupo preguntó, a la vez que señalaba a lo alto de un edificio cercano, donde pequeñas luces brillaban en la oscuridad:

—¿Qué lugar es ese de las luces?

—La terraza del hotel NH —respondió la guía.

—Desde aquí parece bonita —comentó otra persona del grupo—, tiene cierto aire romántico con esas lucecitas.

—Las vistas son increíbles, se ve el Foro romano —volvió a responder la guía—. Eso sí, es bastante cara —agregó.

—¿Qué NH es? —quiso saber Belén—. He visto que hay varios en la ciudad.

—Fori Imperiali

Claro, pensó Belén, cómo se iba a llamar si no, y decidió que en su próxima visita subiría. Algo en esa azotea la atraía.

Cuando el grupo se reunió por completo, se dirigieron al teatro de Marcello. Su estructura semicircular se asemejaba al Coliseo, en pequeño; aunque la piedra con la que estaba construido le dio la impresión de que era algo más oscura. Igual que la sucedió con la terraza, se sintió atraída por ese precioso edificio al que la iluminación daba un aspecto casi fantasmagórico.

Se dirigieron a la Plaza del Capitolio, a la que accedieron a través de la impresionante Cordonata Capitolina —rampa escalonada—, diseñada por Miguel Ángel y que, desde sus primeros escalones, dejaba entrever los palacios que les esperaban al final de la escalinata. Llegaron a unas primeras terrazas desde donde contemplaron la Plaza Venecia a sus pies y escucharon la explicación de la guía sobre los edificios que se encontraban allí, el Ayuntamiento y los palacios que albergaban los museos capitolinos. Tomaron fotos y continuaron el paseo.

Dejaron atrás la plaza, pasaron por una especie de arco y rodearon el Capitolio. A través de una pequeña puerta enrejada de color negro, accedieron a unas estrechas escaleras que comenzaron a bajar. Ante ella apareció el fastuoso y extenso Foro romano. Tuvo la impresión de estar en una época pasada, que había retrocedido en el tiempo. La luz incidiendo en las columnas les

daba un brillo especial, creando una atmósfera mágica. El toque final se lo daba la luna sobre ellas, esa noche llena.

La visión de esas imponentes columnas intensificó su nostalgia, trayendo a su memoria las dos columnas que adornaban la entrada al salón de Gianni, su antigua pareja. Se encontró pensando «Cuánto me hubiera gustado contemplarlo con él» Sus recuerdos empezaban a emerger poco a poco, ya no les ponía cortapisas.

La excursión se le hizo corta, se habría quedado observando ese paisaje durante horas, sabía que esa visión del foro romano iluminado por la luna, la llevaría durante mucho tiempo en su corazón y su retina, no la olvidaría con facilidad.

Esa noche, recordando la excursión, notaba una sonrisa en sus labios. «La próxima vez que visite Roma tengo que tomar algo en la terraza del hotel NH, da igual lo caro que sea», dijo para sí misma.

Como todas las noches, se quedó dormida mirando la luna y pensando cómo tardó tantos años en visitar la ciudad, por qué la había obviado siempre en sus elecciones. No lo hacía queriendo, tan solo no la tenía en cuenta, decía que habría tiempo para visitarla, ahora comprendía que evitaba los recuerdos.

A la mañana siguiente, a pesar de que durmió bien, se levantó de nuevo con esa sensación de tristeza que la acompañaba desde su llegada. Se debería a los sueños que tenía, aunque no los recordase al despertar, se dijo.

Como en los días anteriores, se centró en las excursiones, al día siguiente regresaría a Madrid y quería disfrutar esta última jornada al máximo.

En esta ocasión fueron a los Museos Vaticanos, la Capilla Sixtina y la Basílica de San Pedro. La muchedumbre que se agolpaba a la entrada de los museos impedía andar con facilidad.

Durante el recorrido por los pasillos —en algunos lugares estaba prohibido pararse a ver las obras— debían seguir caminando para no entorpecer el camino del resto de visitantes. A pesar de todos esos contratiempos, contemplar tanto arte era un regalo para la vista. La cola que tuvieron que esperar para acceder a la Capilla Sixtina mereció la pena; al contemplar la bóveda, la gente parecía extasiada con los frescos. La Basílica de San Pedro, mucho más grande de lo que imaginaba, no pudo visitarla por completo, tampoco pudo acceder al mirador.

—Está claro que tengo que volver a Roma —dijo en voz baja.

Esa noche, para despedirse de Roma —el circuito llegaba a su final—, fue a cenar con Eva y Nuria al Trastevere. Había esperado con ansia ese momento, deseaba conocer esa parte de la ciudad, le encantaban las fotos que veía a menudo de ese barrio romano.

El lugar no la decepcionó, pero caminar por esas calles tan románticas hizo que añorase tener pareja, y eso, a su vez, hizo que se acordara de Gianni, como si no hubiera pasado el tiempo. Sacudió esos recuerdos y se dijo a sí misma: «Las decisiones hay que afrontarlas».

Cenaron en una terraza, después se acercaron al río, lleno de carpas con diferentes locales que se extendían a lo largo de una de sus orillas. La visión de esa larga hilera de tenderetes desde lo alto del puente se asemejaba a los anillos de una gran serpiente.

Descendieron por una estrecha escalera de piedra pegada al lateral del muro, pasearon entre restaurantes, tiendas de todo tipo, puestos de videntes y escenarios improvisados. Se acercaron a uno de esos escenarios, situado bajo el arco de uno de los puentes que jalonaban el río, en el momento que se marchaba un grupo de cinco personas, y aprovecharon para sentarse. La vista no podía ser más bella; a un lado, el río Tevere; al fondo, la cúpula de San Pedro iluminada, destacando en la noche. Escucharon

diferentes actuaciones musicales, ópera, pop, baladas. Se arrepintieron de no haber ido antes y haber podido repetir.

Regresaron al hotel de madrugada. De nuevo contempló la luna, quería despedirse de ella, del firmamento que se divisaba desde esa ventana, de la ciudad de Roma.

— No es un adiós, solo un hasta pronto —les dijo.

Esperaba que, al lanzar la tradicional moneda a la Fontana di Trevi, se cumpliera su deseo de regresar. Parte de su corazón se quedaba en esa ciudad donde sintió que se transportaba a otra época, que retrocedía en el tiempo, y se veía vestida de romana en esos lugares, pero en otros momentos. Sabía que era su mente y el embrujo de esta ciudad tan histórica, aun así, dejó volar su imaginación hasta que se durmió.

Se despertó sabiendo que había soñado con Gianni. Recordaba el sueño, era tan real como si lo hubiera vivido de verdad, lo había visto con claridad. Durante el sueño pensaba que su rostro era igual que cuando estaban juntos, como si no hubiera pasado el tiempo. También las emociones que sentía eran iguales, como si tampoco hubiera pasado el tiempo para ella.

Gianni se encontraba con varios familiares. No se atrevía a acercarse a él, ¿cómo reaccionaría? Uno de esos familiares le pedía que se alejara, que no volviera a hacerle daño. Cuando se separaron lo pasó mal, sufrió y la añoró, no quería que volviera a pasar por lo mismo.

Esta vez no se sintió triste al despertar, al contrario, se alegraba de haber visto su rostro. No lo recordaba, estaba furiosa con él y se había esforzado en olvidarlo. Siempre pensó en su dolor al despedirse, nunca se paró a pensar en el que pudo sentir él.

Bajó a desayunar, se duchó y terminó el equipaje. A la hora indicada se juntó con el resto de viajeros para coger el autobús que los llevaría al aeropuerto.

Al pisar la calle comenzó a llover —el día amaneció nublado—. Pensó que hasta el tiempo la acompañaba en su nostalgia, sintió que Roma lloraba por ella, por su marcha, era como el llanto de su corazón, no quería irse, quería permanecer allí algunos días más. No podía ser.

El autobús que debía recogerlos se estaba retrasando, mientras esperaban bajo la intermitente lluvia, se permitió pensar en Gianni, sentía que debía cerrar ese capítulo, encontrar respuestas. Le hubiera gustado verle, aunque sabía que era difícil que sus caminos se cruzaran, él viajaba a la costa azul en agosto todos los años, era su santuario.

Por fin les recogieron y, cuando quedaban escasos metros para llegar a la terminal, el autobús dio un frenazo. El acceso estaba cortado, un coche ardiendo les impedía el paso. Deberían dar un pequeño rodeo. La guía les aconsejó que se dieran prisa al bajar del autobús, el tiempo sería bastante justo para facturar. Parecía como si el destino se confabulara para que no se marchase.

Llegaron a la terminal a paso ligero, casi corriendo con la maleta. Facturó, se tomó un último café italiano, con un pastel de pistacho, y se dirigió a la zona de embarque.

Despegaron. Cerró los ojos, deseaba descansar, no lo logró, su mente se perdió en viejos recuerdos, no opuso resistencia, se trasladó al pasado.

Año 1993

Se encontraba en un pub de moda con su amiga Marisa, eran poco más de las dos de la madrugada y habían decidido regresar a casa.

El local, situado al principio del Paseo de la Castellana, constaba de dos plantas no muy amplias. La superior, donde habían estado tomando la copa, algo más grande que la inferior —donde estaba la puerta de entrada—, que era apenas un pasillo.

Belén quiso ir al baño antes de marcharse, su amiga Marisa contestó que la esperaría al lado de la puerta de salida.

Como era habitual en ella, regresó un poco despistada. Notó que alguien la hablaba, giró la cabeza y descubrió a un grupo de chicos, más o menos de su edad, uno de ellos la decía en esos instantes:

—Te conozco, ya nos hemos visto antes.

—Estás equivocado, no te conozco.

—Sí, ya nos conocemos, te he visto antes en algún sitio —dijo convencido.

—Te repito que estás equivocado, no te conozco de nada. —Qué forma más tonta de ligar, pensó Belén.

—Estoy seguro de que nos hemos visto antes, pero no recuerdo dónde. —Sin darle tiempo a contestar, siguió hablando—. ¿Ya os marcháis?

—Sí, nos vamos. —Belén quiso imprimir seguridad a sus palabras.

—¿No quieres tomarte algo antes de irte? —Le sonrió.

—Gracias, pero llevamos aquí un rato y ya nos marchamos.

—¿Cómo te llamas?

No pensaba decirle su verdadero nombre, pero la sonrisa que le volvió a dedicar la desarmó.

—Belén. —Tuvo la tentación de decirle que, si la conocía, cómo es que no sabía su nombre, pero se contuvo.

—Yo Giovanni, con dos enes, pero me llaman Gianni. —Qué pedante, pensó Belén—. ¿Tienes un bolígrafo?

—No, lo siento.

Solía llevar uno en el bolso, dudaba si en esta ocasión lo llevaba, pero no quiso comprobarlo, sabía para qué quería el bolígrafo, para pedirle el teléfono, y notaba la cara de desagrado de su amiga por tener que esperarla.

Gianni preguntó a la gente de alrededor, nadie tenía bolígrafo. Se alegró, no tenía intención de dar su número a nadie.

Se dirigió a la puerta. Gianni se giró hacia ella:

—¿Me das tu número de teléfono?

—¿Para qué lo quieres si no tienes bolígrafo para apuntar?

—No importa, lo memorizaré —dijo con seguridad.

Sabía que era una mujer guapa y atractiva. El pelo rubio oscuro, que alegraba con reflejos dorados, daba mucha luz a su rostro dulce. Sus ojos grandes y azules resaltaban en su piel clara. Alta, delgada, con buen tipo, medía 177 centímetros de altura y pesaba 56 kilos. Ella se consideraba demasiado delgada, era su genética, nunca había hecho dieta y podía permitirse el lujo de comer lo que quisiera sin engordar.

Atraía a los hombres, era habitual que le pidieran el teléfono. Para que la dejaran tranquila lo daba con algún dígito cambiado, pero en esta ocasión dio el correcto, pensó que como lo memorizaría y estaba de copas no lo recordaría poco después, ni siquiera merecía la pena decidir qué número cambiar.

Cuando salieron del local su amiga comentó:

—¿Cómo le das el teléfono? Seguro que es un merluzo.

A Belén no le gustó la forma en que Gianni la abordó, a pesar de ello, le molestó el comentario de su amiga, la pareció despectivo. A ella no le gustaba calificar a la gente sin conocerla bien, menos aún por unas pocas palabras. No estaba de acuerdo con Marisa, creía que esa definición estaba provocada por la idea de que era un tipo de hombre fuera de su alcance, pero no se atrevió a contradecirla y, en lugar de imponer su criterio, contestó:

—Se lo he dado porque no tenía bolígrafo y dentro de un rato no lo recordará.

En su interior pensó que era un hombre guapo, con clase; por su acento, extranjero; le pareció atractivo e intuyó que, con un buen nivel económico, al menos mejor que el suyo. Por la forma de dirigirse a ella debía ser una persona segura de sí misma.

Tras esta descripción lo borró de su mente, seguro que ya ni se acordaría de ella, no parecía el tipo de hombre que tuviera problemas para ligar y conocer mujeres.

Al día siguiente ya no le recordaba, había sido una pequeña anécdota.

A media mañana sonó el teléfono de casa, cuando descolgó no pudo imaginar que la persona que estaba al otro lado era él.

—¿Dígame? —preguntó con voz monótona.

—¿Belén?

Se ruborizó al escuchar su nombre, por el acento supo enseguida quien era.

—Si —fue todo lo que acertó a decir.

—Hola, soy Gianni. —No contestó, no sabía qué decir, la cogió desprevenida. No esperaba que llamara, menos aún que lo hiciera al día siguiente—. ¿Te apetece quedar hoy a tomar algo?

—Lo siento, ya he quedado.

Según lo pronunció, se sintió molesta con ella misma, había mentido. La verdadera razón para negarse era que no sabía cómo

contar a sus amigas que había quedado con el que Marisa denominó «merluzo» y del que estaba segura pronto hablaría al resto de amigas.

Su autoestima era baja, ella misma se saboteaba a veces, eso hacía que las diera un poder que no tenían, pero no sabía cómo salir de esa rueda de destrucción. Era habitual que sus amigas comentaran cosas de su físico, siempre con desprecio. En su interior ella estaba contenta con su aspecto, no quería cambiar, pero no tenía valor para enfrentarlas.

Por su delgadez, estaba acostumbrada a frases del tipo: «Estás escuálida», «estás esquelética», incluso cuando iban a la playa solían decirle: «Madre mía, se te marcan todas las costillas». A esos comentarios se unían otros por su tono de piel, claro y con dificultad para broncearse: «Qué blanca estás, pareces leche».

Estaba sana, esa delgadez la acompañaba desde su niñez. Su madre, preocupada, la llevó al médico de pequeña, las pruebas dejaron claro que no existía ningún problema, era su genética. Sin embargo, que su madre le dijera a menudo: «Qué bracines tienes» y los rodeara con sus dedos para demostrar que, con una mano, no solo podía rodear su pequeño brazo, sino que además le sobraba dedo, no la beneficiaba.

A su baja autoestima se unía que su grupo de amigas solían ver lo negativo de las personas, todo lo criticaban, daba igual que fueran amigos o desconocidos, así que estaba segura de que la criticarían si quedaba con él y cuestionarían las intenciones de Gianni con ella. No tenía ánimo ni fuerza para enfrentar esos comentarios.

Él no se amilanó, fue diciendo días para una posible cita, que ella fue rechazando con diferentes excusas, la mayoría falsas, hasta que llegó un momento en el que Gianni pareció desistir.

—Madre mía, es más complicado quedar contigo que solicitar una reunión con el presidente del gobierno —comentó desilusionado.

El tono de su voz al pronunciar ese comentario la afectó, no entendía por qué se dejaba llevar por el miedo en lugar de darle una oportunidad, no perdía nada por verle.

—Si quieres podemos vernos hoy un rato, pero después tendré que irme, he quedado para cenar.

—Vale, es suficiente. Nos vemos luego.

Quedaron después de comer en una cervecería famosa situada en el centro de Madrid, Santa Bárbara. A pesar de su reticencia a verle, se arregló con esmero, era coqueta y quería estar guapa, disfrutaba arreglándose, sabía que llamaba la atención por donde pasaba y potenciaba su atractivo.

Estaba nerviosa, no sabía si Gianni sería puntual, no llevaba bien que la gente se retrasara.

Aparcó y se dirigió al local, pediría algo de beber, lo tomaría rápido y, si no llegaba, se iría.

Al acercarse se sorprendió al verle en la puerta. Acababa de ganar un punto por no hacerla esperar, aunque no entendió el motivo de que estuviera fuera cuando habían quedado dentro del local.

Se acercó a él, la recibió con una bonita sonrisa y un par de besos en las mejillas.

—Hola, ¿cómo es que no has entrado? —dijo Belén.

—He olvidado las gafas en casa. Me he dado cuenta por el camino, pero no he querido volver para no hacerte esperar. ¿Me acompañas y las recojo?

Eso era un fastidio, si las necesitaba tendría que ir a buscarlas, ella no estaba dispuesta a quedarse esperando; tampoco